

Roberto CEAMANOS LLORENS, *La Comuna de París (1871)*, Madrid, La Catarata, 2014. 221 pp. ISBN: 978-84-8319-893-3

Lo sucedido entre marzo y mayo de 1871 no fue un mero epílogo de la Guerra franco-prusiana, ni una revolución aislada y circunscrita temporal y espacialmente a esos meses parisinos. La Comuna fue algo más, mucho más, más allá de ese año, más allá de la capital francesa. Eso es precisamente lo que explica con rigor histórico y fluidez narrativa el autor del presente libro. A lo largo de sus páginas, Roberto Ceamanos (Universidad de Zaragoza) nos habla del contexto imperial, bélico y republicano; de los hechos revolucionarios y los combates; de la represión, las memorias y la historiografía *communard* y *anticommunard*.

Este no es un tema nuevo para el autor, que ya lo había tratado en su artículo “Historia Social de la Comuna de 1871: ¿crepúsculo del ciclo revolucionario iniciado en 1789 o aurora de la revolución proletaria?” (2004), pero sí lo es para muchos jóvenes –y no tan jóvenes– historiadores y lectores, ya que la Comuna es un tema poco conocido en España. Si al ya de por sí olvidado siglo XIX, ocultado por pasados traumáticos más omnipresentes, le sumamos el que este es un asunto supuestamente solo francés y que en España sigue pesando la larga sombra de la teoría del fracaso, se entenderá el desconocimiento de los aquellos hechos de 1871, de sus precedentes, de sus consecuencias y la ausencia de trabajos que comparen lo sucedido allí con el movimiento cantonal español de 1873, de características muy similares. Por tanto, esta obra llena un vacío historiográfico: el de enmarcar, analizar y explicar aquella revolución parisina –y señalar acertadamente lo que la reciente historiografía francesa ha aportado sobre las Comunas en las provincias–, solamente tratada por la historiografía hispana con un par de obras al calor del Centenario.

Para todo ello, el libro queda dividido en tres bloques. El primero es una necesaria –y obligada– amplia contextualización en la que el autor nos remonta hasta los albores de la II República, su incapacidad para resolver la vieja cuestión social y el ascenso del bonapartismo que conllevó la instauración del II Imperio. Este imperio que en muchos manuales ocupa pocas páginas, es explicado con soltura incidiendo en las tensiones que va creando o que es incapaz de solucionar y que estallarán en marzo de 1871. La creciente desigualdad social, el ascenso de la oposición, la crisis económica y la reforma urbanística de París resultan claves para entender todo. El autor incide acertadamente en la reforma urbanística: conllevó una fractura social en el tejido urbano, relegando a las clases populares al norte y este de la ciudad, abrió amplias avenidas en el oeste que facilitaban y facilitaron el avance de tropas para reprimir rebeliones, y desencadenó grandes negocios especulativos y corruptelas. Finalmente, una desastrosa guerra contra Prusia conllevó la caída imperial y un vacío de poder que facilitó la revolución. Una vez más en la Historia la guerra conlleva revolución.

Y así llegamos al segundo apartado: la Comuna en sí. Un París con ansias de autonomía municipal que le era constantemente negada, una población cada vez más proletarizada, armada y encuadrada en una Guardia Nacional –institución vital para comprender esta y otras revoluciones, véase el caso español con la Milicia Nacional– que había resistido el asedio prusiano en los últimos meses de 1870 y que al comenzar el siguiente año se veía traicionada por una Asamblea compuesta por monárquicos. La chispa revolucionaria fueron unos cañones, pero el proyecto fue muy ambicioso: democracia directa, república social, educación pública y gratuita, laicización del Estado, prohibición de desahucios, trabajo digno para hombres y mujeres... Parecería un programa político para el presente, pero el autor se encarga de recordarnos que seguimos en 1871. Sin embargo, todo acabó –por pecar de moderación y no existir un fuerte y organizado movimiento obrero, según la interpretación de Marx– en un baño de sangre: las tropas de Versalles entraron con una inusitada violencia que se perpetuó tras la caída de la última barricada de la calle Ramponeau. Los fusilados, encarcelados, deportados y exiliados se cuentan por decenas de miles.

Y después de la Semana Sangrienta, ¿qué? La construcción de memorias y la labor de la historiografía. A ello se dedica el capítulo final del libro. El marco temporal no comienza encorsetado y tampoco acaba así: es necesariamente amplio. En los últimos años, el boom memorialístico en muchos países hizo que este fuera objeto historiográfico. En Francia no solo eso, también fue objeto de cuantiosa legislación. En lo que se refiere a la Comuna la cuestión ha quedado en dos proposiciones parlamentarias, una del grupo socialista y otra de un senador comunista. Es una tímida reivindicación de la memoria *communard*, en su versión republicana o marxista, que choca con la amplia literatura y recuerdo, a favor y en contra, que se desplegó ya en 1871. El Sagrado Corazón, símbolo de la memoria contrarrevolucionaria, frente al Muro de los Federados, lugar de memoria revolucionaria; las interpretaciones marxistas y anarquistas frente a las de los herederos de quienes acabaron con la Comuna. Esta última destaca por su discurso absolutamente demofóbico que identifica a los *communards* con violentos delincuentes, borrachos y prostitutas, cuando no los animaliza, todo ello con el fin de justificar la brutal represión llevada contra ellos.

Todo trasladado también al ámbito historiográfico que especialmente desde los años 60 ha ido analizando desde un punto de vista académico aquellos hechos, destacando el gran debate en torno a si la revolución de 1871 fue la última del ciclo iniciado en 1789 o la primera proletaria; y la diversificación de temas en los últimos años: conceptos, mujeres, comunas en provincias, etc. En Francia goza de vitalidad este asunto, en España esperemos que este aporte de Roberto Ceamanos sirva para abrir camino y que haya historiadores e historiadoras que se pongan a investigar sobre dicha cuestión.

El autor acaba reivindicando el papel del historiador, el oficio de historiador frente a injerencias a veces abusivas de otros, especialmente de poderes públicos y sus (ab)usos públicos de la Historia. Eso sí, reivindicar el papel del historiador, pero un historiador que ha de tener una perspectiva interdisciplinar y estrechar lazos con otros campos: la Historia del Arte, la Literatura, la Sociología... No en vano, las páginas de esta obra están llenas de referencias a cuadros, a fotografías, a autores universales como Hugo o Zola. La constante evocación de *Los Miserables* de Víctor Hugo –en 1871, como republicano, criticó los métodos pero compartió los ideales de la Comuna– ayuda a visualizar a aquellas personas de carne y hueso que murieron en las barricadas o ante el pelotón de fusilamiento.

Precisamente son todas estas referencias artísticas y literarias lo que llevan a una crítica, una falta quizás debida a cuestiones editoriales. Leyendo este libro se echa mucho en falta un anexo documental, fotográfico, pictórico y que incluya planos de París antes y después de la reforma dirigida por Haussmann. Por lo demás, como ya he dicho, un libro de agilidad narrativa que deja claro qué llevó a la Comuna, qué sucedió, cuáles fueron sus

consecuencias y cuáles sus recuerdos hasta antes de ayer. Un libro que llena un hueco en la historiografía española, perfecto como manual para estudiantes de Historia, y comprensible para el gran público.

Daniel Aquillué Domínguez
Universidad de Zaragoza